

- [COMUNICACIÓN TV](#)
- [RELIGIÓN](#)
- [LA RED](#)
- [LOS TOROS](#)
- [VERDE](#)
- [CIENCIA](#)
- [VD VIAJES](#)
- [MOTOR](#)
- [REPORTER](#)



Primo Levi vuelve a Auschwitz en «Vivir para contar»

El superviviente 174517

24 Enero 10 - Madrid - J. Ors

Título: «Vivir para contar».

Autor: Primo Levi. Editorial: Alpha Decay.

Precio: 21 euros

Su nombre, de cuando no tenía nombre, era 174517, y jamás le quitó las ganas de vivir. Un tatuaje en su antebrazo que se convirtió para él en un símbolo de la exigencia ética que debía guiar su existencia. Primo Levi jamás escribió, como hubieran querido sus guardianes, desde la venganza y el resentimiento. Su testimonio parte de la justicia y la comprensión. Estaba convencido de que «hay un mundo, de que existe la humanidad». «No soy un fascista, creo en la razón y en la discusión como supremos instrumentos de progreso, y por ello antepongo la justicia al odio. Por esta misma razón, para escribir este libro he usado deliberadamente el lenguaje mesurado y sobrio del testigo, no el lamentoso lenguaje de la víctima ni el lenguaje del vengador: pensé que mi palabra resultaría tanto más creíble y útil cuanto más objetiva y menos apasionada fuese».

Alpha Decay publica «Vivir para contar. Escribir tras Auschwitz», un conjunto de textos poco conocidos o, como en el caso de «Qué tren para Auschwitz», que se traducen ahora por primera vez al español. El volumen está estructurado en tres partes: «La masacre como fin en sí misma», que reúne el testimonio sobre su reclusión en un campo de concentración; «Qué significan verdad y mentira», su reacción ante los negacionistas, y «La huelga moral del fascismo».

Responsabilidad

El escritor reconoce la postura de su obra: «Tenemos una responsabilidad mientras vivamos: debemos responder por cuanto escribimos, palabra por palabra, y hacer que cada palabra dé en el blanco (...), hablar al prójimo en una lengua que no puede entender es un antiguo artificio represivo. Es una forma sutil de imponer el propio rango». Levi critica a los autores enrocados en su impenetrabilidad y aboga por una literatura que relate con claridad el Holocausto. Defiende una moral que parta de principios universales y ayude a sobreponerse de la tentación, como señalaba Hadot, de mirar desde el egoísmo al que inducen las circunstancias. «Una de las cosas que más me duele es la facilidad con que las personas de mi alrededor (y algunas veces yo mismo) pierden el hábito de los problemas generales ante el peligro personal». El novelista evita interponer una barrera entre los verdugos y las víctimas. En «Deportados» dice: «Somos hombres, pertenecemos a la misma familia humana a la que pertenecían nuestros verdugos. Ante la enormidad de su culpa, también nosotros nos sentimos ciudadanos de Sodoma y Gomorra; no logramos sentirnos ajenos a la acusación que un juez extraterreno, basándose en nuestro propio testimonio, elevaría contra la humanidad entera». Recuerda con dolor que aquello «era una muerte inerme y desnuda, ignominiosa e inmundada» y en el capítulo «Arbeit Macht Frei» («El trabajo hace libre»), las palabras que había en la entrada de Auschwitz (en Buchenwald eran «a cada cual lo suyo»), afirma que esos eslóganes anticipaban un régimen totalitarista que aspiraba a convertir a Europa en un mundo dividido en dos clases de personas: amos y esclavos.

[Enviar a un amigo](#)